

cambio en la ciudadanía sobre la idea de Europa, sobre la conciencia de ser europeo, porque las autoridades comunitarias que hasta ese momento era difícil que llegaran a acuerdos, fueron capaces de alinear políticas energéticas, industriales o sanitarias. Es más que evidente que a las grandes crisis que nos limitan sólo podemos responder como europeos y que, a pesar de estos «tiempos líquidos», sirven para darnos cuenta de las bondades y contradicciones del proyecto europeo: «Lo elija o no, piensa en ello o no, cualquier europeo, en cualquier pueblo o ciudad, forma parte del curso del espíritu racional, productivo, ponderado, en un continente... hay una Europa de los ideales que late. Se escuche o no», dice Emilio Trigueros que, además, apunta que la ética europea, desde siempre, es la de buscar una sociedad aceptable para todos, no lo es, sin embargo, ni la banalización ni el culto al dinero ni el consumo desahogado que ahora prevalecen.

Emilio Trigueros termina diciendo en el último capítulo que tiene esperanza, quizás una «esperanza sin optimismo» como dice el título de un libro de Terry Eagleton, pero esperanza a fin y al cabo en la posibilidad de una revolución feliz que ya está en marcha porque cree «en las fuerzas de la razón, de la unión, de la energía con que brota la vida, de cada existencia que nace prodigiosa y crece, transitando por épocas y caminos, desde la suave rebeldía de la primavera en cada nacimiento de un niño hasta la sabiduría para resistir del invierno, en los mayores».

Si el libro empezaba con un verso de Juan Ramón Jiménez, termina con otro de Antonio Machado, igual de acertado y que sintetiza muy bien lo que es un espléndido libro: «Hacedme un día de labores y esperanzas». Que así sea. —FELICIANO NOVOA.

Emilio Trigueros, *La revolución de vivir*, Madrid, Marcial Pons, 2022.

Montmartre: los años decisivos

SE dice de Picasso que fue el pintor del siglo XX. Nacido en 1881, el cambio de siglo coincide con su ingreso en la edad adulta. Pero el siglo parece amanecer de veras para él en 1903, cuando se

muda a París, al Bateau-Lavoir, un destartado y complejo inmueble, número 13 de la rue Ravignan, nido de artistas y escritores en la colina de Montmartre. Un lugar con pedigrí, pues ya había acogido a Gauguin y

otros pioneros. Bateau-Lavoir. Barco-Lavadero. Este nombre dicen que se lo pone el poeta Max Jacob, uno de sus inquilinos, quien lo imagina como una de aquellas lavanderías flotantes que amarraban en el Sena. Espacio de vida y de trabajo, de experimentación, *bateau ivre*, barcaza borracha, perfumada de opio, donde se dinamitarían las convenciones del arte. Baste decir que *Las señoritas de Aviñón* se vieron allí por vez primera.

También, lugar para el romance. De la misma edad que Picasso, la joven Fernande Olivier, modelo de artistas, contaba entre las inquilinas del inmueble. Y se convertiría en la compañera de sus años decisivos. Entre 1903 y 1912.

Ella misma relata su primer encuentro, que bien podría encajar en el guion de una comedia romántica. «Me encontré con Picasso –cuando volvía a casa una tarde de tormenta. Él tenía en sus brazos un gatito que me ofreció riendo, al mismo tiempo que me impedía pasar. Yo me reí también. Luego me hizo visitar su taller».

Lo que acabo de transcribir es un fragmento de *Picasso y sus amigos*, el libro de recuerdos que Fernande publicaría años después de separarse del artista, cuando este ya era una celebridad y acababa de comprarse el Château de Boisgeloup, cuando se le abrían las puertas del MOMA neoyorquino, y entraba en las colecciones de los millonarios, 1933.

Fernande considera sus mejores años los que vivió junto a Picasso. E

intuye que también lo fueron para él. Plantea incluso, en *Picasso y sus amigos*, que su alegría era proporcional a la miseria en que vivían, resultando que el éxito y el dinero –que les permitirían abandonar el Bateau-Lavoir en 1909, y alquilar una vivienda y un taller más confortables– no conllevaron en el fondo sino males, menor frescura, menor camaradería, mayor mundanidad, mayor soledad. Aun siendo esta la perspectiva de la propia Fernande, la de una mujer abandonada, este sentimiento elegíaco que se nos contagia a sus lectores fácilmente, no en vano –pese a la fama de obras como el *Guernica*– una visión tan tópica como acertada apreciará un algo crepuscular en Picasso tras el cubismo analítico, es decir, casi desde que deja a su primera compañera.

Renacimiento reedita *Picasso y sus amigos*, rescatando una limpia traducción del poeta Manuel Álvarez Ortega, aparecida en Taurus allá por los sesenta. Le suma un nuevo prólogo de Juan Manuel Bonet, que es el español que más sabe de París y sus vanguardias. Bonet incorpora algunos de los nombres que Fernande Olivier omite estratégicamente, como el del futurista italiano Ubaldo Oppi, con quien tuvo un romance, justificando así a Picasso en su abandono.

Sobre los tiempos de Montmartre y sobre el nacimiento del cubismo se ha escrito y disertado mucho. Pero este libro no contiene teoría alguna. Contiene en cambio una nutrida galería de personajes singulares alrededor de Picasso. Max Jacob

y Apollinaire, los más próximos. Y Fernande, «más cerca de ellos que nadie», asegura. Lo que nos ofrece es una crónica vivida desde dentro, referida a la cotidianidad, y que sólo suavemente es un ajuste de cuentas con su amante.

Deja caer detalles sarcásticos, como la escasa dedicación del pintor a la lectura, pese a sus amigos escritores, o su mala pronunciación del francés, pero el tono general es de nostalgia. Su estilo es simple, pero sabe ponernos en situación, e incluso esbozar con ingenio los rasgos de varios personajes. Así describe, por ejemplo, a Apollinaire: «Tenía la cabeza en forma de pera, de rasgos acusados, simpáticos, distinguidos, pequeños ojos muy próximos a la nariz, arqueada, larga y fina, y unas cejas como dos comas». Este retrato literario me recuerda que Fernande también era dibujante, y que algunos apuntes suyos ilustran esta edición (tan cuidada como es costumbre en Renacimiento).

Primavera y verano de 1909 los pasaron Fernande y Picasso en Horta de San Juan, Tarragona, localidad pegada a la provincia de Teruel. En su libro sitúa el lugar como próximo a Zaragoza, lo cual es mucho decir. Es allí y es entonces donde Picasso pinta los primeros cuadros que la crítica certifica como cubistas. Algunos de ellos tienen los paisajes de Horta como punto de partida, pero otros interpretan el rostro de su compañera. Una secuencia de retratos de Fernande nos guiaría por la evolución del pintor desde la época rosa al cubismo.

Al margen del primer capítulo, la autora se ausenta y, si asoma, se refiere a sí misma en tercera persona. Tiene su interés cotejar este libro con la famosa *Autobiografía de Alice B. Toklas*, de Gertrude Stein, que habla de los mismos tiempos y personajes, y que dedica a Fernande más líneas, y con cierta maldad. Fernande, se nos dice allí, tenía dos temas favoritos, sombreros y perfumes. Y si la mujer de Matisse correspondía al tipo «femme d'intérieur», la de Picasso era una «femme décorative».

Fernande Olivier y Getrude Stein nos proporcionan también dos tomas alternativas del famoso banquete con que Picasso homenajeó al Aduanero Rousseau, que es divertido cotejar. Es un momento clave en los dos libros.

Aunque Fernande no imparta doctrina estética, sirve algunas pistas interesantes al respecto. Según ella, quien mejor le explicó el cubismo fue el compositor Erik Satie. Hubiera sido magnífico que recordase esas explicaciones. Braque aparece reticente, al comienzo, respecto al nuevo estilo. Pero su conversión fue rápida. También se habla del impacto que causó entre Picasso y compañía cierto relato, el de un oficial de Marina, sobre el modo de abordar un retrato por parte de un artista africano, y que parece que dio las pistas del cubismo sintético. Un anecdotario sin desperdicio. —ALEJANDRO RATIA.

Fernande Olivier, *Picasso y sus amigos*, prefacio de Paul Léautaud, prólogo de Juan Manuel Bonet, traducción de Manuel Álvarez Ortega, Sevilla, Renacimiento, 2022.